



Un intruso en el aula

Facundo Torralba Agu

**Ilustraciones:
Miranda Rivadeneira**



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



CONABIP
Comisión Nacional de
Bibliotecas Populares

AUTORIDADES NACIONALES

Presidente de la Nación
Javier Milei

Secretaria General de la Presidencia de la Nación
Karina Milei

Secretario de Cultura
Leonardo Cifelli

Presidente de la Comisión Nacional de Bibliotecas
Populares
Raúl Daniel Escandar

Directora de Fortalecimiento de las Bibliotecas Populares
Guadalupe Conde

Director de Evaluación Institucional y Promoción Federal
de las Bibliotecas Populares
Carlos Alberto Capella

Un intruso en el aula



Producción general: CONABIP

Diseño y diagramación: Miranda Rivadeneira

Libro de distribución gratuita, prohibida su venta.

Torralba Agu, Facundo, 1988-

Un intruso en el aula / Facundo Torralba Agu ; ilustrado por Miranda Rivadeneira. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de
Bibliotecas Populares (CONABIP), 2026.

32 p. : il. ; 24 cm.

ISBN 978-987-1696-45-1

1. Cuentos Infantiles. I. Rivadeneira, Miranda, 1976- , ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Un intruso en el aula

Facundo Torralba Agu
Ilustraciones: Miranda Rivadeneira



Esa mañana de domingo, un maullido despertó a Bruno. Al abrir los ojos, casi se cae al piso de la sorpresa al ver un gato en su cama.

Aunque todavía estaba un poco dormido, Bruno se puso muy contento. Hacía tiempo que quería tener una mascota y deseaba que fuese un gato. Siempre se lo repetía a sus padres y ellos le contestaban que algún día iba a suceder. ¡Por fin había llegado ese día!

El gato no medía más de 30 centímetros, estaba muy flaco y era de color naranja.

—¿Se va a quedar con nosotros? —le preguntó Bruno a su mamá, que lo miraba con una sonrisa desde la puerta de la habitación.

—Sí, hijo.

—¡Qué alegría! —dijo Bruno y le empezó a tocar la cabeza.

Al gato le gustaron tanto las caricias que se colocó boca arriba para que también le acariciara la panza, hasta que se quedó dormido.



Bruno se dirigió al comedor para desayunar.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo su papá.

—¡Ya sé! ¡Naranja!

Bruno fue a mirar a Naranja. El gato seguía dormido en la cama, acurrucado y tranquilo. Bruno sonrió y lo acarició suavemente.

—Vamos a la tienda de mascotas —comentó su mamá desde la puerta.

—¿Y lo dejamos solo? ¿No lo podemos llevar con nosotros? —consultó Bruno, preocupado.

—Los gatos no salen a pasear —contestó su papá.

—¿Se quedan siempre en la casa? —preguntó Bruno.

—Sí —respondió su mamá.

—¿Y no se aburren? —preguntó Bruno.

—Quedate tranquilo que no —contestó su papá sonriendo.







A la mañana siguiente, cuando estaba por ir a la escuela, observó que Naranja dormía. Lo vio tan solo que, con un movimiento suave, lo metió en su mochila así como estaba. Cuando subió al auto, se sentó en el asiento de atrás y apoyó la mochila a su lado. Mientras su mamá manejaba, abrió un poco el cierre y vio que Naranja seguía durmiendo muy profundo.

Llegaron a la puerta de la escuela. Bruno caminó hasta el patio y se ubicó en la fila de primer grado. Saludó a su amigo Maxi y se colocó delante de él durante el saludo a la bandera argentina.

Maxi se asustó al ver que la mochila de Bruno se movía un poco. Al principio pensó que se había confundido porque todavía estaba muy dormido. Pero observó que la mochila se movía de nuevo y le dijo al oído:

—¡Tu mochila se mueve! ¿Qué tenés adentro?

—Shhh, callate, después te cuento.

Fueron al aula. Bruno se sentó en su asiento al fondo y puso la mochila en el piso con mucho cuidado. A su derecha se sentó Maxi, como siempre.

La mochila de Bruno otra vez se movía, pero esta vez un poco más rápido.

—Bueno, ¿me decís ahora qué hay en tu mochila?

—Es Naranja, mi gato.

—¿Es un chiste?

—No.

—¿Trajiste a tu gato a la escuela? ¿Para qué?

—Es que se iba a quedar en casa solo y se iba a aburrir.

En ese momento, Gabriela se acercó y les dijo:

—¿Qué pasa hoy que están hablando tanto? Tienen que escribir la fecha en el cuaderno.

—Sí, *seño* —contestó Bruno.



Bruno observó que su mochila se movía muy rápido, así que abrió un poco el cierre y Naranja asomó la cabeza. Comenzó a acariciarlo y luego de varios minutos y muchas caricias, Naranja se tranquilizó.

—¡Qué lindo que es! —exclamó Maxi.
Justo en ese momento, sonó el timbre.





Los chicos de primer grado salieron al patio con la maestra. Bruno se sentó en la puerta del aula porque no quería alejarse de su gato. Al mirar por la ventana vio que Naranja había vuelto a meter su cabeza adentro de la mochila.

Cuando regresaron del recreo, Gabriela les hizo armar una ronda y les leyó un cuento.

Gabriela les dio una actividad en la que tenían que escribir el nombre de todos los personajes del cuento. En ese momento, Naranja asomó nuevamente su cabeza y Bruno lo empezó a acariciar. ¡Pero esta vez Naranja se puso a maullar!

Toda la clase miró hacia donde estaba Bruno, que se puso muy nervioso. ¡Iban a descubrir a Naranja!





—¡Miau, miau, miauuu! —maulló Bruno.

Toda la clase comenzó a reír.

—Bruno, vení un momento, por favor.

El chico se acercó apurado al escritorio de Gabriela.

—¿Por qué estás haciendo eso? ¿Te pasa algo?

—No, *seño*.

—Entonces sentate y termina la actividad, por favor.

Cuando Bruno se sentó en su lugar, Naranja de nuevo se puso a maullar bajito. Le tapó la boca con sus dos manos.

Al ver la situación, Maxi le preguntó:

—¿Tendrá hambre?

Bruno sacó de su mochila el paquete de galletitas que su mamá siempre le daba para comer en el segundo recreo y le fue dando pedacitos al gato, que los comió encantado. Con la panza llena, Naranja se metió adentro de la mochila a descansar.



En ese instante, la maestra dijo:

—Voy a pasar por los bancos para corregir la tarea, porque ya está por sonar el timbre.

Gabriela se acercó al banco de Bruno. Al ver la actividad todavía sin empezar le dijo:

—¡No hiciste nada! ¿Qué pasa hoy, Bruno?

Como si esto fuera poco, la maestra vio el paquete de galletitas abierto en su banco.

—¿Vos estuviste comiendo en vez de hacer el trabajo? Contestame, Bruno.

—Es que tenía mucha hambre.

—Pero me hubieses preguntado si podías comer.

En ese momento, sonó el timbre.

—Está bien, Bruno. Llevé el cuaderno al recreo y completé el trabajo.

Bruno se sentó en el mismo lugar en el patio, ya que desde ahí podía observar a Naranja que asomaba su cabeza de la mochila.





Al volver del recreo, Gabriela les pidió a todos los chicos que la ayudaran a escribir en el pizarrón una lista de objetos que estaban en el cuento que habían leído. Justo en ese momento, Bruno observó a Naranja: ¡Además de sacar la cabeza, ahora también había extendido sus dos patas delanteras de la mochila!

Bruno le apoyó su mano en la cabeza para evitar que siguiera avanzando.

—A ver Bruno, ¿te acordás de algún objeto del cuento?

—¡No! —gritó desesperado, porque Naranja hacía fuerza para salir de la mochila y ya estaba asomando su panza.

—¿Pero no escuchaste el cuento? —preguntó Gabriela asombrada.

—Sí.

—Bueno, ¿me decís algún objeto? —insistió la maestra.

—¡A la mochila! —gritó Bruno, mientras Naranja se acomodaba en el piso del aula.

—Pero en el cuento no había ninguna mochila —dijo la maestra, preocupada.

—¡No, Naranja! —gritó Bruno, desesperado.

—Pero Bruno, en el cuento no había naranjas —dijo Gabriela, desconcertada.

Naranja se subió al banco de Bruno. Al verlo, todos los chicos se levantaron de sus asientos y empezaron a gritar.



Naranja fue saltando de banco en banco hasta llegar al escritorio de Gabriela, quien dijo muy enojada:

—¿Pero de dónde salió este gato? —mientras estornudaba una y otra vez porque era alérgica a este animal.

—Es mi mascota. Se llama Naranja —dijo Bruno tímidamente.

—¡Qué lindo nombre! —exclamó Zoe.





—Yo también tengo un gato. Se llama Pocho —dijo Benjamín.

—El mío se llama Beto —comentó Gonzalo.

—Yo tengo un perro. Se llama Firulete —dijo Ana.

—¡A mí me dan miedo los gatos! —gritó Lucía asustada.



Naranja tiró al piso la caja de tizas del escritorio de la maestra y comenzó a jugar con ellas, moviéndolas de un lado para el otro por toda el aula. Gabriela lo quiso frenar, pero cada vez que intentaba acercarse estornudaba más fuerte y se tenía que alejar.

—¡Ayuda! ¡Atchís! ¡Alguien que lo agarre, por favor!
¡Atchús!

Entonces algunos chicos intentaron atraparlo, pero Naranja fue hasta el fondo del aula. Primero saltó a una silla, después a un banco y por último arriba del armario. Al ver esto, otros chicos empezaron a golpear la puerta del armario para que bajase. ¡Tanto ruido hicieron que la directora Olga vino al aula!

Al ver lo que estaba sucediendo, gritó:

—¿De dónde salió ese gato?

—¡Lo trajo Bruno! —gritó Lucía, llorando.

—Se llama Naranja. ¡Es tan lindo! —comentó Zoe.

El armario se movió tanto por los golpes que Naranja aterrizó en la caja de láminas que estaba al lado y no se lastimó.

La directora lo alzó y se lo llevó a la dirección, y desde ahí llamó a los padres de Bruno para que fueran a buscarlo.



Una vez en la casa, la familia se sentó a conversar sobre lo sucedido.

—¿Por qué llevaste a Naranja a la escuela? —preguntó la mamá.

—Porque en casa se iba a aburrir estando solo —respondió Bruno.

—¿Vos viste el lío que se armó? —preguntó el papá.

—Perdón. Ya sé que estuvo mal lo que hice —respondió Bruno con tristeza.

—¿Nos prometés que esto no va a volver a pasar? —agregó el papá.

—Es que no me gusta que Naranja se quede solo tanto tiempo. ¿No hay algo que podamos hacer? —preguntó Bruno preocupado.

—Tengo una idea —dijo la mamá.

—¿Cuál? —preguntó Bruno.

—Pronto te vas a enterar.



A la mañana siguiente, un maullido despertó a Bruno. Al principio pensó que era Naranja. Pero apenas abrió sus ojos casi se cae al piso de la sorpresa. Había una gata muy flaca de color gris de no más de 30 centímetros.

—¿Se va a quedar con nosotros? —le preguntó a su mamá.

—Sí, hijo. Así Naranja va a estar acompañado cuando no estemos en la casa.

—Le tenemos que poner un nombre —dijo su papá.

—Ya tengo uno —respondió Bruno, muy seguro—. Se va a llamar Gris.

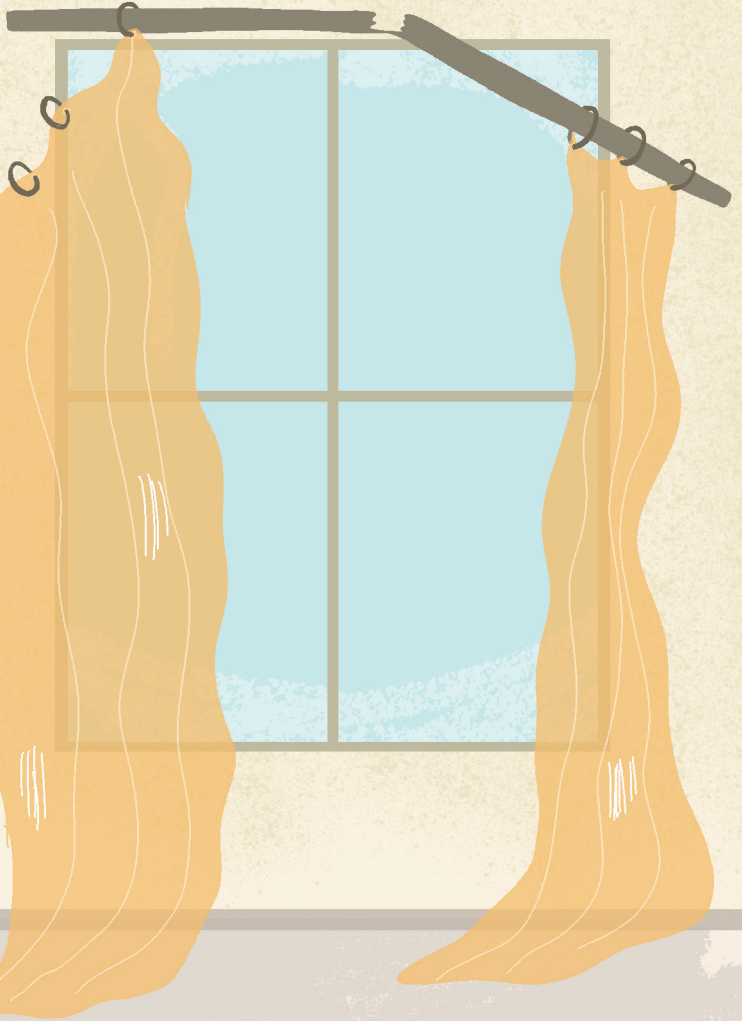




Esa mañana, antes de salir de su casa, Bruno observó a Naranja y a Gris durmiendo juntos en la colchoneta y se fue a la escuela con una gran sonrisa.

Cuando Bruno volvió de la escuela, se dio cuenta de que dos gatos juntos ¡nunca se aburren!







Este libro se imprimió en el mes de abril de 2026 en la imprenta Latingráfica.



Facundo Torralba Agu (Buenos Aires, 1988) es profesor de Educación Primaria y bibliotecario. Es autor de diálogos de humor, radioteatros, microrrelatos y de libros infantiles entre los que se destacan: *Los piojos también van a la peluquería*, *Los piojos también van a la peluquería 2: Operación rescate*, *El gigante de la montaña*, *El carancho Julio* y *Pequeño Héroe*.



Miranda Rivadeneira (Buenos Aires, 1976) es diseñadora gráfica e ilustradora con experiencia en proyectos editoriales. Recibió premios nacionales y fue seleccionada en distintos catálogos de ilustración. Lleva más de 30 libros ilustrados y editados, entre los títulos más recientes se encuentran *Canciones de cuna y luna*, *El árbol que sabía contar*, *Conoce y dibuja los animales autóctonos de mi tierra* y *Cuentopos de Gulubú*.



“A la mañana siguiente, cuando estaba por ir a la escuela, observó que Naranja dormía. Lo vio tan solo que, con un movimiento suave, lo metió en su mochila así como estaba”.

En esta desopilante historia, el gato Naranja de Bruno desencadena divertidos episodios. ¿Lo descubrirán?



La Secretaría de Cultura de la Nación y la CONABIP realizan la publicación de este libro para promover la lectura y difundir a las bibliotecas populares.



Escaneá y jugá con los personajes.

Viví esta experiencia de lectura que hará encender tu imaginación.



Ejemplar gratuito, prohibida su venta